

“El bien de todos”

Los frescos del Buen Gobierno de Ambrogio Lorenzetti en Siena.

(de CHome Temporary, 11 de marzo de 2011)

En la edición 2010 del Meeting de Rimini se ha presentado la exposición “El bien de todos” que reproduce los frescos del Buen Gobierno, que Ambrogio Lorenzetti pintó entre el 1337 y el 1339 en la Sala de los Nueve del Palacio Publico de Siena. Hablamos de ella con Mariella Carlotti, curadora de la muestra.

¿Qué pintó Lorenzetti y cómo una pintura a fresco del siglo XIV puede seguir siendo contemporánea?

“Cada época ansía un mundo más hermoso” escribía el gran historiador Huizinga. En la Sala de los Nueve del Palacio Publico de Siena el mundo medieval pintó su ideal de vida común.

Juzgar una época es juzgar su ideal, aunque traicionado quizás mil veces: un hombre, un pueblo, no está definido por lo que llega a realizar – en eso entran factores independientes de la voluntad – sino por lo que desea, por lo que constituye el motivo de cada pensamiento suyo y de cada acción.

La fe cristiana compartida, hacía de los pobladores de Siena del siglo XIV, gente que quería realizar una concordia en la que se abriera camino la superación concreta de cada uno.

En los frescos de Lorenzetti se ve la dramática oposición entre la búsqueda del bienestar propio de cada individuo – origen de la violencia – y la tensión al bien común, que mientras realiza una convivencia armónica, rescata el yo, porque conserva sus dimensiones originales, que no se pueden reducir a pequeña posesión, insuficiente por la amplitud de su animo.

El efecto es un mundo más bello, una ciudad y una campiña – como siguen siendo las de Siena, gracias a esta herencia – en que se ha grabado la armonía de una época. Un mundo más bello que es la anticipación, como dice Jacopone da Todi, de ese “regno celesto / che compie omne festo / che ‘l core ha bramato (reino celeste / que cumple todas las alegrías / que el corazón siempre ha deseado), como el que pintaron Duccio de Boninsegna y Simone Martini en sus famosos cuadros de la Virgen en Majestad.

Hoy hace falta retomar las razones de una convivencia, que parece cada vez más enfocarse en un individualismo que ahoga quien lo vive antes de quien lo sufre; se necesita entender por qué la tensión al bien común es la única dimensión adecuada del propósito de cada uno.

Sobre la puerta de la ciudad que se abre a quien llega desde Florencia, Puerta Camollia, está escrito: Cor magis tibi Sena pandit (más aún – que la puerta – Siena te abre el corazón). Siena es una ciudad en la que se puede leer el corazón de nuestra tradición cultural: por eso su historia y cuanto de su conciencia ha quedado grabado en la obra de sus artistas, pueden ayudarnos a retomar por qué el bien de todos es verdaderamente el bien de cada uno.

Entre el 1337 y el 1339 Ambrogio Lorenzetti realizó en la Sala de los Nueve del Palacio Publico de Siena los frescos de Buen Gobierno. En el momento de mayor esplendor de la historia de Siena, el gran artista dio, con el lenguaje de la belleza, una interpretación sugestiva del tema del bien común, convirtiendo en imágenes el “Costituto senese” del 1309, la primera “Constitucìon” del mundo en idioma vernáculo.

En las paredes de la Sala del Gobierno de la ciudad, Lorenzetti de hecho representó la gran alternativa que enfrenta toda convivencia humana: o una tensión al bien común, que genera una ciudad en que domina la justicia y la seguridad; o el prevalecer del bien particular, fuente de toda injusticia y violencia. Por medio de inolvidables alegorías, Lorenzetti representa el gran drama de quien gobierna: o concebirse como servidor de un pueblo, o favorecer una política que se tiene a sí misma como finalidad.

Y los efectos de esta opción sobre la ciudad y el campo son radicalmente diferentes: en la pared oriental de la sala se ve una ciudad en que se trabaja, se construye, se comercia, se estudia, la gente se casa y trae al mundo hijos, y una campiña que se vuelve un jardín en que se puede viajar sin

miedo; en la pared occidental un paisaje urbano y rural desolado, en que ya nadie trabaja, en el que la violencia es la clave de toda relación y sobre la cual aletea la tétrica figura del Miedo.

San Bernardino de Siena recordaba esta dramática alternativa a sus conciudadanos en sus prédicas en la Plaza mayor, utilizando justamente estos frescos como apoyo a sus palabras:

«Si me volteo hacia la paz, veo las mercancías moverse, veo los bailes, veo restaurar las casas, veo labrar viñas y tierras, sembrar, gente que toma un baño, que monta caballos, veo chicas que van a casarse, rebaños de ovejas, etc... Y, gracias a estas cosas, cada uno está en paz y concordia.

¡Miro al lado opuesto y veo guerra! Es algo tan bruto, que produce rudeza tan grande, que pone agria la boca. Ustedes lo han pintado arriba en su Palacio, que al ver la Paz pintada es una alegría. Y de la misma manera es una negrura ver pintada la Guerra al otro lado»

La tensión al bien común de Siena en el siglo XIV se ha grabado como belleza en las piedras y los campos de esta tierra, como documentación hasta visual de que el bien de todos es de verdad el bien de cada uno, porque respeta las dimensiones propias del corazón del hombre, que no se pueden reducir a una pequeña posesión, insuficiente para su anhelo.

¿De dónde nacía un mundo como este? ¿Cuál es el origen de esta tensión al bien de todos? Una pequeña historia, desconocida para la mayoría, contesta a estas preguntas.

El 23 de enero de 1944, un violento bombardeo de los aliados golpeó la periferia de Siena: la pérdida más grave para el patrimonio artístico fue la Basílica de la Recoleta, que fue casi totalmente arrasada. Sobre el altar principal de la iglesia se encontraba un bellissimo crucifijo en madera, del cual hasta entonces no se conocían ni época ni autor y que quedó destruido. Sin embargo, entre los escombros, los frailes encontraron milagrosamente intacta la hermosa cabeza.

La sorpresa fue el hallazgo de un extenso pergamino, escondido dentro de la cabeza: se trataba de un texto autógrafo del autor de la obra, Lando di Pietro, gran orfebre y arquitecto de Siena en el siglo XIV, al cual nadie habría atribuido una cruz esculpida y pintada. Estaba también la fecha, enero de 1337, en el que el gran crucifijo había sido realizado.

Pero en el pergamino hay más: se encuentra una larga, conmovedora oración que Lando dirige a la Virgen y a los Santos, para que confíen a Dios su destino, el de su familia y de todos los hombres.

En el mismo año en que Ambrogio Lorenzetti pintaba el Buen Gobierno en el Palacio Público, Lando di Pietro, otro gran artista sienés, esculpía el gran crucifijo, que ahora está destruido. Como paradoja, exactamente la destrucción de la obra reveló a todos el corazón del artista: es esta tensión al ideal que el hombre vive en el secreto de su existencia cotidiana y que “esconde” en su obra, la raíz misteriosa que florece en la concordia de Siena que Lorenzetti representó en la Sala de los Nueve. Un mundo nuevo nace de hombres que guardan su deseo y su ideal en lo que hacen: parece una nada, y en cambio son hombres así que ha dado origen a nuestra civilización. Se trata del punto misterioso en que germina el bien común, y es la responsabilidad de cada uno en la construcción de la ciudad.